

# Mazunte

Daniel Quirós



**Editorial  
Costa Rica**

Para Sofia y Cristina

Por primera vez me di cuenta del horror de los objetos que una persona deja al marcharse o morir. Mi madre fue capaz de empezar a comer, lo cual sin duda quería significar que «la vida sigue» o alguna moraleja por el estilo, pero yo sabía muy bien que lo que seguía no era la vida sino la muerte.

Heinrich Böll

«Así podré recuperar todas las cosas que he perdido», pensé. Aunque las hubiera perdido una vez, no habían desaparecido en absoluto. Cerré los ojos y me abandoné a aquel sueño profundo.

Haruki Murakami

# I

Fui a Mazunte a buscar a mi hermana. En junio, durante la época de lluvias. El avión aterrizó en la ciudad de Oaxaca y de ahí tomé un autobús hacia la costa; un viaje de casi ocho horas, entre acantilados que no parecían tener fondo o fin, el bus como polvo en un rayo de sol, eternamente a punto de caer sobre el abismo. Pasados los cerros el cielo se oscureció y la garúa que nos perseguía se convirtió en un gran torrencial. El ruido de las gotas se multiplicó, los vidrios se empañaron y el aire se volvió como una bola gruesa que se pegaba a la garganta y a los pulmones. Pronto se empezaron a ver campos inundados, ríos embravecidos que arrojaban piedras y lodo sobre la carretera. Cuando por fin nos detuvimos en la estación de buses de Pochutla, a veinte kilómetros de la costa, no se veía casi nada detrás del vidrio, solo capas gruesas de lluvia.

En la estación había poca gente: un par de mujeres indígenas; un grupo de turistas *hippies* durmiendo en una de las esquinas. El agente de la compañía de buses miraba una televisión pequeña, en blanco y negro, que había colocado sobre la esquina del mostrador. Cuando le pregunté cómo hacía para llegar a la costa, me volvió a ver como si le hubiera pedido un gran milagro. Dijo que tenía tres opciones —las camionetas, los colectivos o un taxi individual—, pero ninguno estaba haciendo el viaje hoy.

—Tormenta tropical —dijo—, toda el área está inundada. Es casi imposible llegar a Playa Mazunte ahorita. Las carreteras están en muy mal estado y más bien tuvo suerte de haber llegado hasta acá. Va a tener que esperar unos días hasta que pare.

—¿Y no hay otra manera de llegar?

—Pues a lo mejor algún taxista se anime a hacer el viaje. Pero yo no se lo recomiendo. Mejor espérese, jefe. A poco el mar no va a estar ahí en unos días.

—Preferiría llegar hoy, si fuera posible.

—Pues allá usted... Afuera están los taxis. Si no, en la Avenida Cárdenas los puede encontrar. Los colectivos y las camionetas pasan en frente de la Mueblería Gómez, pero, como ya le dije, ni los perros andan sueltos en este aguacero.

Le agradecí la ayuda y salí a la tormenta. Los dos únicos taxistas se negaron a hacer el viaje.

—Con mucho gusto —dijo uno— lo llevo al hotel de mi compadre, jefe. Un lugar bonito y barato. Va a ver cómo me lo tratan ahí... Atendido como rey.

Estaba a punto de resignarme cuando se aproximó un hombre bajo y grueso, de facciones indígenas. Vestía *jeans*, botas de hule y una camisa de botones arremangada hasta los codos. No era taxista y más bien daba la impresión de ser algún ganadero o peón de finca. Se llamaba Eusebio y tenía una camioneta que según él le entraba a todo. Dijo que me llevaría, pero solo si le pagaba el doble de la tarifa normal.

—Nadie más se va a animar, jefe.

—¿Y usted por qué se anima?

—Porque los billetes siempre le ganan al miedo.

Caminamos a la avenida y empezó a contarme de las particularidades del viaje. Usualmente se duraba cuarenta minutos, pero íbamos a tardar por lo menos hora y media.

—Vamos a tener que darle la vuelta a aquellos cerros —dijo, apuntando con el dedo índice hacia el horizonte—. Ya la carretera está cerrada hacia el oeste, así que vamos a tener que bajarle por Puerto Ángel, salir a Zipolite y luego ya vemos cómo le hacemos para llegar desde ahí... Por cierto, ¿usted sabe lo que se dice que significa Zipolite en zapoteco?

—Ni idea.

—Playa de la muerte —contestó con una sonrisa.

El *pick-up* era un Ford viejo, de cabina sencilla. Era azul, pero en varios lugares el salitre había carcomido la pintura, dejando pequeñas huellas de óxido que amenazaban con apoderarse de la totalidad del chasis. El aire acondicionado no servía y de la radio salía solo una estática constante, como el zumbido de una mosca necia. Recostado contra el asiento, entre un olor a vinilo húmedo, miré los campos pasar detrás del vidrio. Eusebio manejaba en silencio, esforzándose por ver la carretera entre el movimiento esquizofrénico de los limpiaparabrisas.

Eventualmente, recosté la cabeza contra el vidrio y volví a ver el reloj: casi las tres. Cerré los ojos frente a una curva y por un instante pensé sentir los focos de un carro sobre los párpados. Escuché un golpe y un chirrido largo. Después solo la lluvia. Tanta lluvia, pensé, tanta lluvia.

Desperté de golpe, sudando, sin saber si había dormido unos minutos o toda una eternidad. El *pick-up* se había detenido frente a una encrucijada. Afuera el mundo parecía detenerse, arrastrado entre cortinas de lluvia que caían sin cesar.

—Ya llegamos, señor.

Me puse la chaqueta impermeable y abrí la puerta. Las gotas cayeron como balas sobre la arena; dejaban pequeños hoyos que se multiplicaban y luego desaparecían. El viento soplaba con fuerza y a la distancia se veía el mar embravecido

bajo un cielo gris. A la izquierda, el camino descendía hacia la playa, mientras que a la derecha trepaba hacia un cerro cubierto por bosque seco.

—La posada está subiendo la cuesta —dijo Eusebio desde el interior del *pick-up*—. Va a tener que caminar porque la camioneta no llega hasta allá.

Hablaba casi a gritos, su voz ahogada por el rugir del agua. Había bajado la ventana hasta la mitad y, después de tomar los billetes que le entregué, me deseó buena suerte y desapareció tras el vidrio empañado. El *pick-up* dio vuelta lentamente, lo vi alejarse mientras explotaba los charcos sobre la calle de tierra. Tomé la mochila y caminé hacia el cerro.

La lluvia hacía el ascenso difícil. El camino estaba todo embarrialado y más de una vez tropecé con el lodo rojizo que bajaba de la cima en chorros de color cobre. A los cien metros, por fin llegué a un acantilado. De ahí se veía la costa hacia el sur, la tela negra del mar bajo un cielo plúmbeo. A mi alrededor el bosque chorreaba la lluvia, asfixiaba la luz en una penumbra metálica.

Cerca de la cima había un letrero sobre una ceiba que decía “Posada Cielito Lindo” en letras rojas. Una flecha apuntaba hacia la cumbre y un camino de piedras ascendía a varias chozas de madera con techo cubierto de palmas. A la derecha, la calle principal continuaba hacia el norte, un túnel entre la selva; descendía y luego se perdía de vista.

Subí hasta el primer rancho: una estructura rústica con piso de cemento. Sobre el frente había un mostrador largo; adentro, una silla vacía frente a una mesa de madera despin-tada. Esperé bajo el alero mientras sentía las gotas caer entre los ojos. Miré el reloj; casi las tres. Habrá sido el agua, pensé.

Escuché algo que se arrastraba y, al voltearme, me topé con una señora que había entrado a la choza. Llevaba una

falda negra, larga; el cabello también negro y amarrado en una trenza delgada. El borde de la falda apenas cubría sus pies descalzos y en vez de caminar parecía flotar por la vida como un espanto. La piel de su rostro se había endurecido gracias al sol y a los años. Parecía eterna, con una mirada férrea e insondable.

—Buenas tardes —dije por fin.

—Buenas...

—Me llamo Julio... Julio Flores. Quería alquilar un cuarto.

La señora se acercó a una alacena y tomó una llave al estilo antiguo. Bajó una linterna de la pared y señaló para que la siguiera. Caminamos hacia el norte, hasta llegar a un rancho abierto con tres mesas frente a una baranda que daba hacia el mar. A la distancia una bruma leve colgaba de la costa. El sol había desaparecido y las estrellas comenzaban a poblar el cielo púrpura.

Al lado del rancho, unas gradas de piedra descendían en zigzag por el frente del cerro. Daban la impresión de que no llevaban a ninguna parte, o que más bien se repetían eternamente, en ese filo del día entre la luz y oscuridad. En el descenso, la señora encendió la linterna. La noche crecía a nuestro alrededor, negro sobre negro; también el rumor del bosque y la humedad.

Finalmente, nos detuvimos frente a una choza pequeña que tenía el mismo techo cónico de los ranchos en la cima, pero con paredes construidas con tablones de madera. La señora abrió la puerta y entramos a un cuarto que olía a moho y encierro. En una esquina había una cama con mosquite-ro; a su lado, una mesa despintada y un abanico cubierto de herrumbre. En la otra esquina estaba el baño, separado de la choza y a la intemperie. Mientras esperábamos junto a la puerta, podía escuchar las gotas de lluvia caer sobre el plástico

del inodoro, una y otra vez. La señora puso la linterna sobre la mesa y varios charcos de agua brillaron en el piso.

—Si quiere le limpio —dijo—, pero no va a servir de nada. Mientras siga lloviendo, siempre va a estar así.

—¿Y usted cree que va a seguir lloviendo?

—Puede ser. Aunque hay quien dice que va a aclarar en unos días. Ahorita hay una tormenta que viene desde bien adentro del mar, por eso está soplando el viento así. Puede que se calme en unos días; puede que no. Cuando aquí le da por llover no hay mucho que se pueda hacer. Solo esperar. Todos aquí están esperando.

—¿Hay mucha gente hospedada acá?

—Algunos. Van y vienen.

—¿No recuerda si alguna vez estuvo aquí mi hermana, una mujer de unos treinta años llamada Mariana Flores?

—No me suena. Tal vez es que se me ha olvidado el nombre. Llega mucha gente por acá. Pasan los años y siguen viniendo. Quién sabe cuántos habré visto ya.

A la distancia se escuchaba el murmullo de las olas sobre la costa. Un viento frío entraba por la puerta abierta, aunque adentro la madera había atrapado el aire húmedo del día. Tomé varios billetes y se los extendí a la señora. Los volvió a ver como a un bicho raro mientras salía sin la linterna. Afuera la oscuridad se la tragó, como si nunca hubiera existido.

## II

Vi el correo aparecer sobre la pantalla, pero no lo leí. Pensé que sería otro de esos *forwards* absurdos de mi madre, con reflexiones medias *new age* escritas en letra cursiva sobre olas o atardeceres melancólicos. Si no, tal vez una de esas fotos extrañas, que de cerca revelan el rostro de Albert Einstein y de lejos la sonrisa enigmática de Marilyn Monroe. A veces también me enviaba videos cortos o *slide shows*: sobre aves del paraíso en Nueva Guinea; sobre playas en islas remotas, o cien lugares que había que visitar antes de morir.

En verdad no sé por qué los enviaba. Quizás pensaba que podrían aniquilar la distancia entre nosotros, los años, como si en las imágenes residiera algún tipo de clave secreta que pudiera hacerme volver. Más de una década y aún persistía con la obsesión de mi regreso. Once años no es nada, decía. Luego extendía esas frases lánguidas como puntos suspensivos: sobre fiestas y matrimonios que me había perdido, sobre cumpleaños y bautismos que nunca llegaría a presenciar. En sus peores momentos hasta lanzaba nombres de conocidas que aún seguían solteras. Dejaba caer sus nombres entre los espacios de las palabras, como bombas cronometradas para explotar en el punto exacto de mi inconsciente. Tal vez quería que me viera reflejado en esas anécdotas, ausente, deseando una vida diferente a la que había escogido. Probablemente solo quería hacerme sentir ese rencor rezagado de ella: su arma favorita.

Por eso ya ni leía sus correos. Todos emitían un vago tufillo a resentimiento o culpa. Contaban cosas, pero era como si las palabras se convirtieran en símbolos o alegorías para otra cosa, algo más oscuro, un tipo de acusación eternamente en acecho. Entonces, los borraba al verlos aparecer sobre la pantalla. Si no, cuando ya llevaba demasiados sin contestar, le escribía algunas líneas escuetas; algo que no le permitiera resentírmelo después.

Ese día no borré el correo. Tenía varios documentos abiertos sobre la pantalla y lo único que llegué a escuchar fue el timbre del envío. Luego vi el título, de reojo. Decía algo sobre mi hermana y algún tipo de accidente. Mi madre hasta había puesto un signo de exclamación después del nombre de Mariana. En ese momento quizás debí haberlo tomado más en serio, pero el problema con mi madre era que siempre había tenido esa manía por los signos de exclamación. Los ponía tras de todo. Quién sabe cuántos incluía en cada email, como una de esas personas que no hablan un idioma y piensan que al gritar comunican mejor el sentido de su mensaje.

Además no pensé que fuera tan serio. De hecho, todo lo opuesto. Tuve una visión muy clara de mi hermana. La imaginé con la pierna derecha quebrada, envuelta en uno de esos yesos viejos que le ponían a uno en la época de la escuela: gruesos, torpes, que no se podían mojar. Se veía más vieja, aunque en verdad no tenía la menor idea de cómo se vería mi hermana más vieja. Hacía años que no la veía. Su pierna estaba extendida, tiesa, recostada sobre un almohadón de terciopelo fucsia. ¿Por qué terciopelo fucsia? Leía frente a un ventanal que daba a un jardín pequeño. Creo que estaba en una cocina, sentada frente a una mesa llena de boronas y platos sucios; atrás, los ventanales y una luz clara. Mariana

se notaba aburrida, tal vez frustrada porque la pierna no le permitía moverse como quería.

Después la imagen desapareció. Volví a los documentos sobre la pantalla, a las carpetas amontonadas sobre el escritorio como plagas de papel. Fue hasta la noche que supe lo que había pasado. Salí de la oficina cerca de las ocho y bajé al parqueo por el carro. Durante el día solo usaba el celular de la compañía, así que no había visto los mensajes en el celular personal. Eran tres. Todos de mi madre. Ya sobre la autopista 10 conecté el teléfono al sistema operativo del Audi y escuché su voz llenar el espacio de la cabina, como un espectro.

La habían llamado del Ministerio de Relaciones Exteriores. El consulado de Costa Rica en México les había comunicado que Mariana había sufrido un accidente la tarde anterior. El barco en el que viajaba con otros turistas se había hundido como resultado de un temporal, cerca de la costa de Oaxaca. La Armada había rescatado a varias personas, pero otras seguían desaparecidas. Mi hermana era una de ellas. La búsqueda continuaba pero el mal tiempo había complicado los esfuerzos de rescate. Estaban esperando que mejorara el clima. Dada la temperatura del agua y del aire, aún había una posibilidad relativamente alta de encontrarla. No había que perder la fe.

Lo más extraño era que mi madre se escuchaba relativamente tranquila. Creo no se lo había tomado muy en serio. Después de todo, era difícil de creer. La historia tenía algo de irreal, como si en vez de mi hermana se tratara de la trama de alguna película mediocre que mi madre había visto en televisión la noche anterior. Yo me sentía igual, como si la cosa no fuera conmigo. No sentía nada o no sabía qué sentir. Inclusive imaginé que me veía desde lo alto, desde afuera, como algún tipo de personaje actuando una escena en esa misma película.

¿Y cómo sería la película? Tal vez doblada, como una de esas extranjeras que me hacía alquilar mi hermana cuando éramos adolescentes. Recordé una rarísima, medio siniestra, en la que un tipo busca a su novia cuando desaparece en una gasolinera. También otra italiana, que le gustaba mucho a mi hermana: una mujer se pierde y sus amigos la buscan en una isla; luego su novio se junta con su mejor amiga. Medio ridículo, en verdad. Miradas lánguidas en blanco y negro. Todo el mundo muy alienado. Ese tipo de cosas.

La ciudad pasaba afuera de la ventana: un horizonte de luz. El *downtown* se iba acercando lentamente. Salí en Alameda y continué entre las fábricas viejas de la zona industrial. La mayoría estaba abandonada, con reflectores que derramaban una luz tenue sobre el cemento de las fachadas. Cerca de Skid Row empezaron a verse los indigentes. Caminaban con sus miradas perdidas. Los días pasaban y cada vez parecía haber más; familias enteras que buscaban campo entre los albergues y las tiendas de campaña de la calle sexta.

El *loft* estaba cerca de esa zona, aunque suficientemente lejos para estar tranquilo. Parqueo privado, piscina en el techo, gimnasio. Había comprado justo a tiempo, además, antes de que llegaran los *hipsters* con sus *cafés* y *gastropubs*. De hecho, todo el Arts District seguía en proceso de revalorización: edificios remodelados, condominios por Little Tokyo y restaurantes con chefs de renombre. Ni siquiera la crisis había afectado las cosas demasiado. Había peligrado mi trabajo por un segundo; también algunas construcciones por el área. Nada demasiado serio.

Doblé a la derecha al llegar a Palmetto; después, a la izquierda sobre Hewitt. El edificio estaba a la mitad de la cuadra: una estructura de cinco pisos que alguna vez había sido una fábrica de muebles. Subí los pisos y estacioné. Afuera el

aire seguía caliente, un olor a asfalto y esmog flotaba entre las luces de la ciudad.

Entré al edificio y crucé los dos pasadizos hasta el *loft*. Adentro, un olor a comida china flotaba por el espacio abierto: los restos de la cena de la noche anterior. Puse el maletín sobre el sofá y permanecí de pie, sin saber muy bien qué hacer con el cuerpo. A esa hora siempre iba al gimnasio, pero el accidente de mi hermana había hecho raro el día. De repente me imaginé poniéndome los zapatos de correr y me pareció un gesto ridículo, casi absurdo, correr sobre una banda sin ir a ningún lugar. A mi alrededor las cosas se veían iguales: los sofás de cuero, las paredes de ladrillo expuesto, la colección de películas y libros. Todo parecía estar en su lugar, aunque a la vez extraño, como en una de esas fábulas en que los objetos tienen vida y al regresar su dueño vuelven a la inmovilidad: la vida aún flotando entre los espacios de la casa.

Me solté la corbata y caminé hasta la pequeña alacena donde guardaba los licores. Llené un vaso con *whisky* y caminé hasta el ventanal. A la distancia, los reflectores del Staples Center encendían el *downtown* intermitentemente; parecían buscar algo entre las nubes escasas. ¿Cómo podía estar perdida mi hermana? En julio, además; una época muy ocupada para la compañía. Reportes. Fechas límites. ¿Qué pasaría si no aparecía? ¿Tendría que volver a Costa Rica? ¿Cuántos días tendría que quedarme allá?

Por un momento quise sentirme culpable por pensar en esas cosas. Pero así era la realidad del mundo. Había que pensar en esas cosas. La gente nace y muere entre horarios fijos. Mariana nunca había entendido eso. Vivía siempre con esa actitud algo irreverente hacia el mundo. Desde que éramos adolescentes. Solo faltaba pensar en cualquiera de sus años en el colegio, cuando padecía de esa rebeldía sin nombre o

razón de ser. Aquellas asambleas, por ejemplo, en las que se rehusaba a cantar el himno de Estados Unidos después del Nacional. Las profesoras tenían que venir a insistirle. Ella solo se moría de la risa; terminaba en la oficina de la subdirectora, como siempre, acumulando *warnings* que luego engrapaba a la puerta de su casillero como si fueran trofeos. Por supuesto mi madre se moría de la vergüenza. Después de todo, nos habían dado la beca gracias a ella. Llevaba toda una vida trabajando en la recepción como secretaria, contestando llamadas para hijos de ministros y presidentes. ¿Y quién la podía culpar? Obviamente a mi hermana no le importaba nada de eso. Nunca le había importado.

Mariana no participaba en nada. No iba a nada. Ni a los *talent shows* ni a los partidos de fútbol o los bailes. Por supuesto que casi no tenía amigos, aunque poco le importaba. Decía que no le interesaban los fresitas de su edad. Pasaba todo el tiempo con Carmen, una morena de cabello largo y crespo, fanática del *heavy metal* y el *grunge*. Durante los recreos se acostaban bajo un almendro a compartir los audífonos del *discman* mientras tomaban Coca-Cola mezclada con ron. Si no se perdían detrás del gimnasio a fumar-se algún puro que traían escondido entre las carteras y los útiles, caminaban por los pasillos con esa mirada demasiado cristalina que producen las gotas, refugiadas en sí mismas, dejando atrás una estela de risas y murmullos.

En clase nunca ponían atención. Dibujaban sobre los escritorios o pedían permiso para ir a la enfermería. Ahí se sentaban a chismear con la enfermera, una lesbiana que les servía té y les hablaba de sus infinitos desamores. Los profesores trataban de disciplinarlas, las citaban a eternas “conversaciones serias”. Después cayeron en cuenta de que no hacía ninguna diferencia. Se dieron por vencidos. Era más fácil dejarlas

salirse con la suya; más aún porque las dos siempre sacaban buenas notas, aunque nunca las vi estudiar.

Para ese entonces yo debía estar en onceavo, ella en noveno. No podía decir que nos llevábamos bien, pero tampoco nos llevábamos mal. Yo tenía mi círculo de amigos, casi no la veía. Además se me hacía muy difícil entenderla. Pasaba por mis borracheras también, mis fumadas de mota, pero por lo menos hacía un esfuerzo por caerle bien a la gente. Participaba en las cosas del colegio; iba a las fiestas. En fin, era popular. Mariana veía todo eso con una falta de interés impresionante; peor aún: con desprecio. Era como si cualquier tipo de socialización tuviera necesariamente que verse como conformismo; un conformismo abstracto, paranoico, al que siempre había que oponerse ciegamente.

Y sin embargo, había ciertas cosas que nos salvaban en esos días. La música, por ejemplo. Las películas y los libros. Ambos éramos fanáticos de MTV y los grupos de Seattle. Mariana hasta me había convencido para que la acompañara a algunos conciertillos en chinchorros a los que mis amigos nunca se habrían acercado: antros todos apretados, de donde uno salía oliendo a humo y sudor de los demás. Sand, Cus, otro que se llamaba la Rana Verde o algo así, cerca de la Plaza de la Democracia. Llegaban grupos locales con nombres ridículos como Mr. Magoo o Diente Guapo a tocar *covers*; por ahí también alguna canción original patética que todo el mundo utilizaba como excusa para ir a comprar más cerveza.

Una vez Mariana hasta convenció a mis padres para que la dejaran ir a un supuesto festival de música un domingo. Dijeron que estaba bien, pero solo si yo la acompañaba. Entonces fui con ella, para que dejara de joder. El evento fue en un campo abierto por el lado de Santa Ana. Un polvazal, en verdad. Los grupos tocaban frente a un tipo de corral, donde por

la tarde mataron un chanco y lo cocinaron ahí mismo. Una estática constante salía de los amplificadores. La voz casi ni se escuchaba. Daba igual, porque al final todas las canciones eran idénticas: numeritos demasiado rápidos para el talento de los músicos, con letras contra la corrupción, la violencia policial. Ese tipo de cosas.

Fue la primera vez que fumamos mota juntos. Alguien nos pasó un puro en medio de un *cover* de Alice in Chains pésimamente mal tocado. Le pegamos varios jalones y compramos un par de cervezas mientras nos sentábamos a ver la gente pasar, muertos de risa. En algún momento, mi hermana se acercó y me plantó un beso en la mejilla. Salió corriendo hacia el *mosh pit* gritando como una loca. De hecho, en todos esos años no podía pensar en otra muestra de cariño de ella. Solo ese beso enigmático. Ni siquiera cuando me fui del país pudo decirme algo. Se me quedó viendo frente a la puerta del aeropuerto, sin saber dónde descansar la mirada. Yo le dije que nos veríamos pronto o algo así; cosas que uno siempre dice en esos momentos. Mariana asintió con la cabeza; luego me vio partir.

Siempre había sido igual a mi padre, para quien las emociones eran un tipo de rito vacío, inútil, al que no tenían por qué rebajarse. Preferían comunicar las cosas en silencio, como en nuestras caminatas vespertinas. ¿Hace cuánto habían sido ya? Empezaron por aquella época del concierto, indirectamente alentadas por ese puro que nos habíamos fumado juntos. Íbamos por lo general al Parque Bella Vista —el Bella—, que quedaba a solo unas cuadras de la casa. Un buen número de estudiantes iba al lugar después del colegio. Los grupos se juntaban bajo los árboles a fumar, tomar y hablar mierda de los otros grupos. Nosotros íbamos también, aburridos por esas tardes lentas en las que no había mucho más que hacer.

Fue durante una época en la que yo me había convertido –sin quererlo, en verdad– en el proveedor designado de mota para mi círculo de amigos, un trabajito que me dejaba algunos colones porque siempre me pagaban de más. El *dealer* vivía cerca, un tipo alto y flaco al que todo el mundo conocía como Varito. Sus padres eran de una familia adinerada de Liberia y le alquilaban una casa a él y su hermano para que estudiaran en uno de los colegios privados de la capital. Por supuesto, Varito y el hermano se gastaban toda la plata en drogas, incluyendo cargamentos de mota que decían traer desde Colombia –aunque todo mundo sabía que venían de Talamanca–. Lo único malo era que la mejor mota se la fumaban ellos, especialmente cuando les daba por esas rachas en las que se encerraban por días a jalar perico. Apenas Varito abría la puerta con esos ojos desorbitados, abiertos a no dar más, uno sabía que solo estaría fumando de esa borraja descolorida que daba dolores de cabeza. El tipo se acercaba, tocándose la nariz obsesivamente y buscando agentes del OIJ imaginarios escondidos entre los poyos o los árboles. Lo agarraba a uno del brazo y le pasaba el puño cerrado torpemente, con los puchos envueltos en papel periódico. Tomaba los billetes y volvía a la casa.

Mariana usualmente me esperaba cerca de la cancha de basquetbol, con las boletas ya en la mano. Nos sentábamos a fumar sobre los columpios mientras veíamos el atardecer. Si no, cuando había niños en las hamacas, encendíamos un cigarrillo y caminábamos hasta el edificio del AID, alternando el puro y el tabaco de camino. Si la tarde estaba linda a veces caminábamos un poco más lejos, subíamos hasta el bulevar de Rohrmoser o la embajada americana, hasta el Spoon o la Jack's. En los días más ambiciosos inclusive llegamos a Plaza Mayor o la casa de Óscar Arias en el borde de La Sabana.

Nunca teníamos un destino fijo, tampoco un plan. Ni siquiera creo que habláramos durante el trayecto, o hablábamos poco. No podía recordar sobre qué.

A la vuelta, pasábamos al chino de la esquina por Coca-Colas pitufo y Picaritas. Luego alquilábamos películas pirateadas en el Video Club, que veíamos en mi cuarto porque yo había heredado la tele vieja y mis padres se ponían a ver babosadas en la tele de la sala durante las noches. Cuando a mi madre le daba pereza cocinar, pedíamos Pizza Hut o traíamos algo de McDonald's. Mariana decía que era la mejor comida para las fumadas. Suprema con hongos. Combo #2 con Fanta naranja. Comía y se moría de la risa frente a la luz blanquecina de la televisión. Su risa necia. Su lengua pintada de anaranjado.

¿Cuántas películas habríamos visto en ese cuarto? Todo tipo de películas: de esas extranjeras que le gustaban tanto a Mariana, del viejo oeste, de horror. En aquella época también nos había dado por las de Schwarzenegger, de Bruce Lee y de Van Damme. Memorizábamos las líneas más clichés; después las repetíamos durante las tardes cuando volvíamos del colegio. Tal vez era la única manera en que nos lográbamos comunicar: por medio de las palabras de los otros. Nos escondíamos en esas frases para disimular que no teníamos frases propias, o nada más con qué llegarnos a encontrar.

Obviamente después terminaron las películas, las caminatas. Salí del colegio y entré a la U. Tenía menos tiempo para malgastar y no se podía seguir fumando mota como un idiota el resto de la vida. Mariana además se había vuelto muy necia. Empezó a ir a protestas. Leía esos poemas cursis de Pablo Neruda y hablaba del "sistema". Cosas así. Por un tiempo hasta se perdía con supuestos poetas en bares de mala muerte por el centro de San José; mujeres y hombres que tomaban un

placer casi sádico en construirse según una idea romántica y cursi del artista: el cabello desarreglado, barba de seis días, suéter llena de huecos. Sufridos, muy sufridos. Iban juntos a lecturas de poesía donde llegaban cuatro gatos. Se leían entre ellos y decían que el arte era algo que debía hacerse fuera de lo “hegemónico”. Por supuesto, ninguno había sido publicado.

No era de sorprenderse que mi hermana decidiera estudiar filología en la UCR después de eso. Obviamente, terminó sin trabajo al terminar la carrera. Vinieron los años del empleo errante, su extraño exilio en México. ¿Por qué se había ido para México? Era imposible de saber. Lo único seguro era que no había nada seguro con mi hermana. Solo había que ver la carrera que había escogido para entender eso. Muy bonito ponerse a leer, como decía mi padre, pero en algún momento hay que ser realista. Hay que ganarse la vida en algo. ¿Y qué se puede hacer con la filología en Costa Rica? ¿Cargarle los libros a un profesor mediocre toda la vida para ver si algún día se muere y le deja la plaza? ¿Ser uno de esos profesores taxis que da clases en tres universidades para apenas pagarse las cuentas?

Nunca pensó bien las cosas mi hermana. Tal vez nunca le interesó hacerlo. Por eso lo que más me molestaba de su accidente era tener que enfrentar ese secreto resentimiento que sentía hacia ella. Cólera en verdad. Por su manera de invadirle la vida a uno, de hacer las cosas ver como si uno fuera el malo de la película cuando ella era la que actuaba irresponsablemente. ¿Por qué ahora yo tenía que sentirme mal? ¿Por qué tenía que lidiar con todo eso?

Me tomé el resto del *whisky* de un trago. Sobre el edificio del US Bank se había acumulado una frágil calina. Restos del esmog, quizás. Rellené el vaso y después fui a la computadora a leer el correo de mi madre. Nada nuevo. El accidente, el mensaje

de Cancillería. Sin duda lo había escrito apuradamente, porque estaba todo lleno de errores gramaticales, con ese estilo algo irritante de mi madre de escribir como se habla. Iba a responder, pero ¿qué podía decir? Mi hermana tenía que aparecer en los próximos días. Inclusive podría haber aparecido ya. Había que esperar un poco. Cualquier cosa menos tener que hacer esa llamada a Costa Rica. Sabía que tendría que hacerla y me pesaba. No sabía cómo iba a reaccionar mi madre. Siempre había tenido una predisposición hacia lo melodramático.

Terminé con el resto del *whisky* y decidí que era mejor salir de eso. Busqué el celular y marqué el número de la tarjeta prepago. La voz automática apareció al instante, con esas opciones ridículamente lentas. Digité los códigos y después el número de la casa de mis padres. ¿Hacía cuánto que no llamaba? Mientras esperaba empezó a escucharse una estática densa sobre la línea, como si sostuviera el auricular sobre un gran vacío. A los pocos segundos, el teléfono empezó a timbrar. Casi podía verlo sonar al otro lado de la línea, el eco extendiéndose por los cuartos de la casa: a un lado de la cocina, en el cuarto de mis padres. Eran las once en Los Ángeles, las nueve allá. Mis padres estarían viendo algún programa en Canal 7.

A los tres timbres la voz de mi madre contestó. Inicialmente no pareció reconocermme; después dijo “ay mijo” y se quedó callada. Por un largo tiempo no supe qué decir. ¿Qué podía decir? Dejé que mi madre empezara a contarme lo que sabía. Muy pronto paré de escucharla. Estaba cansado, distraído; de repente seguro que podía oler el Cofal que se ponía sobre la nuca todas las noches. Era un olorcito barato, horrible. Toda la vida me había hecho pensar en la resignación de aquel barrio mediocre. Pensaba haber borrado ese olorcito de mi vida, pero las memorias siempre eran así: cabronas y obsesionadas con nunca dejarlo a uno ir.